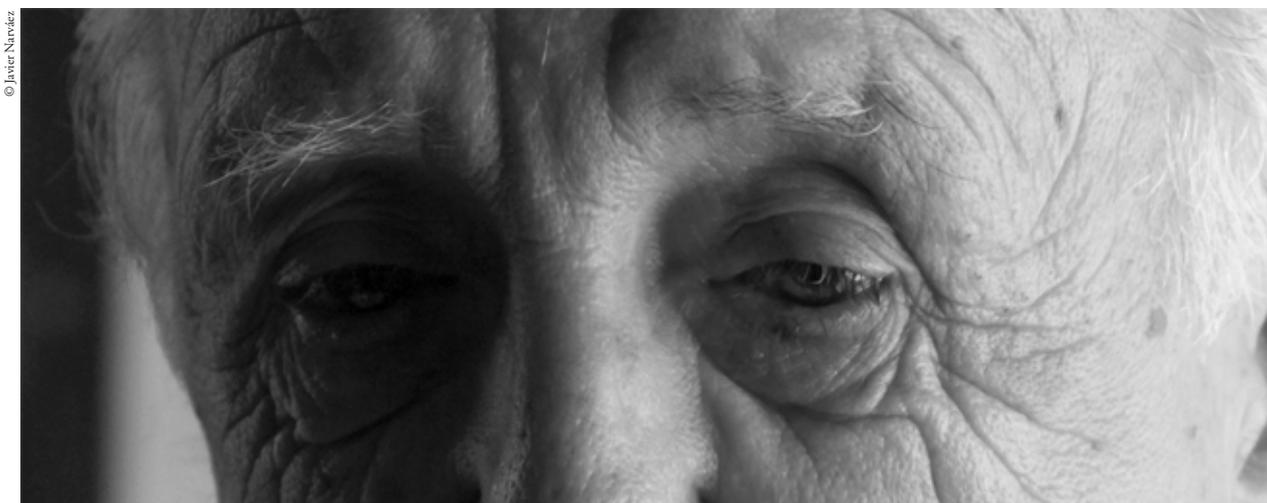


“Lo que sea de cada quien”

# Recuento sin pudor

Edgar Esquivel



© Javier Nardéz

En “Lo que sea de cada quien”, la columna que Vicente Leñero preparó mes a mes para la *Revista de la Universidad de México* desde febrero del 2007, su innegable oficio y olfato para la buena prosa o la historia certera van por delante en cada una de esas entregas.

Suma de anécdotas y pareceres originales que revelan convicciones y otros derroteros, pero también retrospectivas y viñetas con frases suficientes para decantar, como en un ejercicio nemotécnico, los estantes de la memoria afectiva, o no tanto, pero siempre creativa y profesional del autor de obras de teatro como *Jesucristo Gómezy* las novelas *Los albañiles* o *La vida que se va*, “Lo que sea de cada quien” es además un conjunto de retratos, esbozos y escenas sin pudor del gremio de escritores y periodistas, gente de teatro o del mundo editorial y la televisión, algún personaje histórico que atrapó la mirada y el recuerdo franco, sin solapas, de Leñero.

Malicia, ironía y generosidad, perplejidad y desencanto, nutren esos textos demasiado humanos, perso-

nalísimos, adictivos y plenos en honestidad que no esconden los altibajos de una profesión, la del escritor polifacético, que afrontó con no poca sabiduría los contrastes de cada uno de los ámbitos donde se formó y dio cátedra: el periodismo, el teatro, el ajedrez, el cine, la Academia o los entresijos sublimes y vilezas de gestas editoriales y literarias.

Las más de 90 entregas ininterrumpidas son el variopinto encuentro de figurones, o no tan así, cuyo drama “real” —interpretando al propio Leñero— se antepone a su dramaturgia posible. Una actitud, un modo de ser no es una teoría, un texto preconcebido o un guión, tampoco es la recreación fantástica y superior de uno mismo. Los protagonistas en la columna de don Vicente no son ni deben ser seres imaginados con antelación o improvisados dentro de algún lugar del pensamiento y la historia. Si “la dramaturgia es perdurable y el teatro efímero”, como afirmó el guionista de la película *El callejón de los milagros*, las notas de “Lo que sea de cada quien” son la anticipa-

ción de una verdad; por tanto en ellas, como en el teatro, no se describe —descubre— nada “para ganar la inmortalidad o el aplauso del mundo; se escribe apenas, si acaso, para sentir la ilusión de que se captura por unos instantes el fugacísimo presente [o pasado] de la vida que vivimos aquí”.

En el desfile de nombres están Alejandro Jodorowsky (el excéntrico futuro chamán vestido “con un saco largo, anaranjado, que le llegaba casi al suelo, como los de Sergio Leone”, y que organizaba “mesas redondas” para que bailaran, a ritmo de música en vivo —con Javier Batis de fondo— en el escenario de un foro universitario, intelectuales como Juan José Gurrola, José Agustín o Gustavo Sainz), también Arreola, Ibargüengotía, Ionesco, Xirau, Carballido, Garibay, Benítez, Rascón Banda, Retes, Monterroso, Rius, León Toral, Cuarón, Herralde, los cristeros, Revueltas, Sicilia, Azar, García Ponce, Chespirito, Usigli, Carrington, Salazar Mallén, Portocarrero, Sisniega, Elizalde, Carballo, una novia cubana, entre muchos más. Celebridades, o no tan así, fieles a sus imperfecciones, y sobre las que bastaba referir un suceso cotidiano, anodino, para trazar pinceladas quirúrgicas de su talante y manías. Esta galería presenta la curaduría de alguien que toma el pulso del pasado y el presente con apacible e hilarante escepticismo.

No fue el propósito de esta columna mensual hacer las pases con la realidad, o el pasado, mucho menos advertir de un escabroso futuro para la República de las Letras —recuérdese el ego latente y la mezquindad— sino asentar la experiencia de un observador nato, un escucha profesional que cuenta con los dedos los hilos del alma humana para coser o descoser, según el empalme diestro que nace de la terca, irreducible realidad —imaginada o no tan así—, razones, de-

seos, aspiraciones o los motivos de las horas, los días, los años.

Quizá no falte el resquemor o el rechazo a alguna descripción, pero no se pueden escatimar la agudeza y sensibilidad para descubrir “sabrosas” sutilezas dentro de un amasijo de hábitos e intimidad, debilidades y caracteres acotados o inflexibles de cada persona e inclusive los virajes o incidentes que provocan desilusión o admiración. La simpleza de las imágenes y estampas denotan un intrincado complejo de recuerdos, aptitudes, destrezas, obsesiones —la memoria, por alguna razón, es siempre selectiva y en apariencia desordenada— que no se ven. Al final de cuentas es la representación idéntica de una confesión, de António Lobo Antunes, el narrador portugués, referida por él en una charla y que dice más o menos así: el escritor, para llegar al punto culminante de su drama —pasajes, episodios, tiempo, final, comienzo, descripciones, etcétera—, debe entrar por la puerta trasera. El lector no debe enterarse, necesariamente, de ese recorrido por catacumbas y pasadizos, laberinto traicionero del autor, pues sólo con atestiguar el resultado —el libro, la puesta en escena, la película— cierra el ciclo de la labor creativa. Como en una obra de teatro o la producción de un filme, ni las bambalinas ni el caos de una locación son parte de las obras mismas. Se debe ser diestro para recorrer y mostrar con deleite y sencillez lo que puede ocurrir detrás de cámaras o del acumulado terrible de textos, borradores y notas que preceden a la publicación de un libro, sin contar los humores, fobias y filias de los creadores. “Lo que sea de cada quien”, Vicente Leñero, tenaz, obró sin traiciones escénicas pues sólo desmenuzó historias para narrarlas lo mejor posible con las afinidades y desencuentros suficientes. Ni más ni menos.

